

DON ANTONIO DE MENDOZA, PRIMER VIRREY DE MÉJICO

Por Carmen Juan Lovera

DE la labor humanitaria y evangelizadora desarrollada por la Iglesia en el Nuevo Mundo hay buenas pruebas en las «relaciones» que el primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, deja a su sucesor. En ellas insiste en que el medio del que él se valió para procurar la cristiandad y buen tratamiento de los indios, fueron los frailes, porque sin ellos, subraya, «puédese hacer poco».

En ellos se apoya igualmente para dar a conocer las antiguas culturas mexicanas a través de los escritos y recuerdos de los propios naturales, o sea, la «versión histórica de los vencidos».

Tres importantísimas obras se hicieron entonces, dos en parte con su protección y la tercera, enteramente a su costa.

Se trata de los *Manuscritos matritenses de Sahagún*, el *Códice Escorialense ó Relación de las cosas de Michoacán* y el *Códice Mendoza*.

De ellos, sobre todo del último, vamos a tratar a continuación, no sin antes referimos, del modo más breve posible, a la gran figura del virrey, y a las dos personas que más influyeron en su formación: su propio padre, el segundo conde de Tendilla, y el gran humanista italiano Pedro Mártir de Anglería.

EL SEGUNDO CONDE DE TENDILLA **(Guadalajara, 1445-1515 Granada)**

Don Íñigo López de Mendoza, perteneciente a una de las más ilustres familias de España, recibió de su padre, el primer conde de Tendilla, la for-

mación militar, y de su tío, el gran cardenal don Pedro González de Mendoza, la afición a las letras y a la diplomacia.

En las tres disciplinas brilló como astro de primer orden.

Capitán general de la frontera, en los últimos años de la guerra de Granada, su actuación fue premiada por los Reyes Católicos con la alcaidía perpetua y hereditaria de la fortaleza de la Alhambra y el cargo de capitán general del reino recién conquistado.

Como diplomático en su embajada a Roma, de 1486 a 1487, resolvió tan bien los difíciles asuntos que motivaron su nombramiento, que mereció ser recompensado, por el papa Inocencio VIII, con la «Espada de protector de la Cristiandad».

En cuanto a las letras, se le considera como el introductor del italianismo en España, al traer consigo, a su vuelta, a uno de los más grandes humanistas de la época, Pedro Mártir de Anglería.

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA

(Milán, 1457-Alcalá de Henares, 1526)

Fue muy bien recibido en España, donde además de ser preceptor de los hijos del conde, la reina Isabel, que lo llamaba mi capellán, le nombró maestro en las artes liberales de los jóvenes caballeros de la Corte y luego prior de Granada. Enseñó en la Universidad de Salamanca y fue designado por el rey Fernando para presidir una embajada ante el sultán de Egipto, que relatará después en una de sus obras históricas. Otra de ellas, *OPUS EPISTOLARUM*, está constituida por una colección de 812 cartas, que son un verdadero diario de los acontecimientos ocurridos entre 1488 y 1525.

En una de esas cartas, dirigida al Papa Adriano VI, se describen por vez primera «los libros pintados que usan los indios» y que el gran humanista tuvo ocasión de contemplar entre los ricos presentes enviados por Hernán Cortés a Carlos I.

Libros que también debieron de llamar la atención de su antiguo discípulo Antonio de Mendoza, presente también en la llegada de los embajadores del conquistador de México.

DON ANTONIO DE MENDOZA

Su nacimiento, a fines de 1491, tuvo que tener lugar en Alcalá la Real, donde su madre había llegado, en la primavera de este año, llamada por su

marido cuando fue nombrado alcaide de la inexpugnable fortaleza alcalaína, el 7 de enero de 1491.

Doña Francisca de Pacheco era hermana del segundo marqués de Villena y había dado ya al conde dos hijos: María, nacida antes del viaje a Italia, y el mayorazgo Luis, nacido en 1489.

Posteriormente al nacimiento de Antonio vinieron al mundo, ya en la Alhambra de Granada, otros cinco hijos, tres de ellos varones, el famoso escritor y diplomático Diego, el gran militar Bernardino y el obispo de Jaén, Francisco. Entre las hijas, una muy brava mujer, la esposa del comunero Juan de Padilla.

La infancia y adolescencia de Antonio de Mendoza, vivida en una Granada donde estaban todavía muy presentes las huellas de una civilización distinta, donde vencedores y vencidos, de religión y costumbres muy diferentes, convivían bajo el gobierno de su padre, el conde, marcaron de un modo peculiar su carácter, haciéndolo extraordinariamente apto para, a su vez, gobernar ese Mundo Nuevo, donde sería enviado para representar al rey de España.

Las lecciones y el ejemplo de su preceptor, Pedro Mártir de Anglería, acrecentaron su natural interés por todas las cosas, y sobre todo su enorme amor a los libros.

Joven, Antonio formó parte de la corte del rey Fernando y, a su muerte, embarcó para Flandes a rendir pleitesía al heredero Carlos, de quien siempre será ya un fiel y constante colaborador. Estará a su lado en el momento cumbre de su coronación en Bolonia, le representará en Budapest, formará parte del consejo de la emperatriz y, por último, será su virrey durante quince años en México (1535-1550) y al final de su vida en el Perú, donde muere el 21 de julio de 1552.

De su boda con doña Catalina de Vargas y Carvajal, dama de la emperatriz, tuvo una hija, que se casó con el conde de Alcaudete, y dos hijos: Íñigo y Francisco. Este último le acompañó en su difícil tarea de gobierno en los virreinos, siendo conocido con el sobrenombre de «El Indio».

Muy significativo del compromiso que, tanto el padre como el hijo, supieron asumir con el Nuevo Mundo, en el que el virrey alcalaíno supo echar los cimientos fundamentales de la civilización europea.

Introduce, apenas llegado, la imprenta; funda colegios, prepara la creación de la universidad y patrocina descubrimientos geográficos. Demues-

tra sus virtudes militares en las sublevaciones, y las diplomáticas en su relación con Hernán Cortés y con los otros conquistadores. Implantó lo que después se va a llamar «juzgados de Indios», que es la costumbre de oírlos dos días a la semana, al menos, para atender sus quejas tratando de solucionarlas.

Considera de suma importancia la educación, de ahí que preste todo su apoyo al Colegio de Sta. Cruz de Tlatelolco, fundación franciscana donde se formaban los jóvenes indígenas, enseñándoles a escribir, y además de gramática, latín y humanidades.

Por ello, en sus «Relaciones» o «Avisos», a su sucesor en el virreinato, le encomienda de forma particular el colegio de indígenas afirmando: «Hasta que esta nación llegue al estado de educación en que nosotros estamos no habrá cristiandad perfecta ni cesará la violencia».

El fundador del colegio, fray Bernardino de Sahagún, educado en Salamanca, lo organizó como un colegio mayor de esa Universidad, y obtuvo tan buenos rendimientos que cuando se lance más tarde a la enorme tarea de hacer una verdadera enciclopedia del mundo indígena, encontrará en sus antiguos alumnos los mejores colaboradores.

Enciclopedia que bajo el título de «Historia General de las cosas de Nueva España», puede terminar fray Bernardino, treinta y tres años después de haberla iniciado, en 1580.

La había comenzado el año 1547, cuando aún estaba en México el virrey Mendoza, que se entusiasmó con su labor.

En España se conservan los memoriales, o borradores, de esta ingente obra, que vino a ser la primera de carácter antropológico y etnográfico del mundo. Aunque los fines de Sahagún fueron puramente evangélicos.

A esos primeros memoriales o borradores, nos referíamos al principio al hablar de los escritos Matritenses. La obra final, pasada a limpio diríamos, se encuentra en la Biblioteca Laurentina de Florencia; es el llamado Codex Florentino. Sus ilustraciones son copiadas de sus borradores, y no tienen la gracia espontánea de las figuras pintadas por los alumnos de Sahagún.

Dos de estos manuscritos se encuentran en la Real Academia de la Historia y el tercero, que es el más rico en ilustraciones, en la Biblioteca del Palacio Real.

Las ilustraciones son en realidad la forma de escribir pictográfica, o sea, con imágenes y símbolos, de aquellos pueblos antes de la llegada de los españoles. Los escribas aztecas recibían el nombre de «Tlacuilos».

La segunda, de las obras que citábamos al comienzo, **CÓDICE ESCURIALENSE** o «Relación de las ceremonias, ritos, población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán», es también imprescindible fuente para el estudio de la evolución cultural indígena mexicana, en concreto del pueblo tarasco. Pueblo que había resultado de la fusión de otros, nahuas y chichimesas principalmente, y que era el más temible enemigo de los aztecas.

No se sabe exactamente quién fue el autor del libro, sí que se hizo a instancias del virrey Mendoza, como afirma en el prólogo el prior de los franciscanos de Michoacán. Y en la primera lámina se representa la entrega del manuscrito al virrey don Antonio por el fraile franciscano que lo compuso. Algunos historiadores consideran que este franciscano debió ser Jerónimo de Alcalá.

Las pinturas que lo ilustran, de algún artista tarasco, aunque de menos calidad estética que las aztecas, son sumamente atractivas por su expresividad e ingenuidad y, además, de incalculable valor etnográfico.

EL CÓDICE MENDOZA

Incalculable es también el valor de la obra realizada por encargo del virrey, y a su costa completamente, con objeto de regalarla al emperador Carlos V a fin de que conociera la historia y costumbres de estos lejanos súbditos.

Don Antonio de Mendoza, que llevó a México en su equipaje nada menos que doscientos volúmenes de libros, debía pensar que no había mejor y más digno regalo que éste.

Ya vimos antes cómo él y su antiguo preceptor Pedro Mártir de Anglería contemplaron, entre los presentes de Cortés al emperador, los «libros pintados que usan los indios».

Seguramente acude al virrey para el encargo de su regalo al colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde podía encontrar tanto tlacuilos como estu-
pendos conocedores de la cultura indígena. Efectivamente, el Códice fue escrito por un escriba azteca en el sistema pictográfico de esa cultura. Y, para que el emperador pudiera leerlo, y hacerse una idea de sus extraños y leja-

nos dominios, un fraile, buen conocedor del náhuatl, se encargó de escribir una explicación detallada en castellano. De ahí la enorme importancia de este códice, pues aparte de su valor etnográfico y antropológico es sumamente útil para el conocimiento de los símbolos y jeroglíficos de la escritura azteca.

Está compuesto el códice de tres partes. La primera es una copia de la *Historia de año en año*, antigua crónica mexicana hoy desaparecida de los señores de Tenochtitlan, acompañada de una lista de las ciudades que éstos sometieron. Desde el año 1325, fecha de la fundación de la que iba a ser capital del imperio azteca, hasta su derrumbe final en 1521, con la llegada de los españoles.

La segunda parte es también copia de un antiguo documento, conocido como el *Registro Tributario de Moctezuma*, que se encuentra hoy en el Museo Nacional de Méjico. Escrito sobre papel de maguey, pintado sobre ambos lados en hojas extensibles, como todos los libros anteriores a la llegada de los españoles, se encuentra en peor estado que su copia. Contiene una minuciosa descripción de los tributos pagados por más de cuatrocientas ciudades al último gobernante de Tenochtitlan.

La tercera parte describe la «vida de año en año» y los métodos pedagógicos de los aztecas.

En total es el relato contemporáneo de una civilización excepcional y fascinante.

El emperador Carlos V hubiera quedado sumamente complacido de este valioso e inestimable regalo, pero nunca llegó a sus manos.

Apresada la nave que lo traía a España por navíos de guerra franceses, el precioso documento pasó por diversas manos antes de llegar a donde hoy se encuentra, la Biblioteca Bodleian de Oxford.

Uno de sus antiguos poseedores, Samuel Purchas, escritor inglés de libros de viajes, incorporó algunas de sus ilustraciones, y la traducción inglesa de los comentarios en español, a una de sus publicaciones, «Peregrinación», el año 1625. A su muerte el Códice pasa a poder de John Selden, que lo hizo encuadernar en pergamino y escribió sobre él en griego: «Ante todo libertad», pasando a su muerte, en 1654, a ser uno de los más preciados tesoros de la Biblioteca Bodleian de Oxford.

La mejor edición que se haya hecho hasta ahora del Códice Mendoza es la facsimilar comentada del mayor James Cooper-Clark (3 vols., 1938).

BIBLIOGRAFÍA

- Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria... Antonio de Mendoza (1535-1550)*. Edición de Lewis Hanke con la colaboración de Celso Rodríguez.
- PÉREZ BUSTAMANTE, Dr. Ciríaco: «Don Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva España (1535-1550)», *Anales de la Universidad de Santiago*, Santiago, 1928.
- MOLINA MARTÍNEZ, Miguel (Universidad de Granada): *La industria de la seda en Granada y México*, Diputación de Granada, 1989.
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel: «El manuscrito de Sahagún: un tesoro de la cultura azteca», *Reales Sitios. Rev. Patrimonio Nacional*, núm. 92.
- MARTÍNEZ DE LA TORRE, Cruz: «Obras de arte americano en el patrimonio nacional», *Rev. Patrimonio Nacional*, núm. 112.